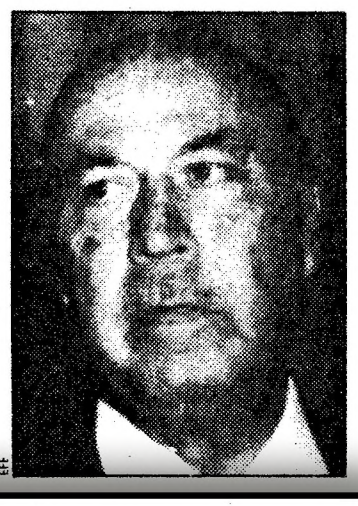
Ensayista prolífico e innovador de los estudios de historia de la literatura

El académico Guillermo Díaz-Plaja falleció en Barcelona a los 75 años

El académico Guillermo Díaz-Plaja falleció ayer en la clínica de la Sagrada Familia de Barcelona a consecuencia de un cáncer de riñón. Contaba 75 años y hacía tres semanas que había sido operado de un acceso en el riñón.

Autor de más de 150 títulos entre obras de ensayo, crítica, poesía e investigación literaria, Guillermo Díaz-Plaja había nacido en Manresa en 1909. Se licenció en Derecho en la Universidad de Barcelona y en 1931 obtuvo el doctorado de Filosofía y Letras en Madrid. Fue catedrático de instituto de Lengua Castellana e impartió seminarios sobre historia del arte dramático en el Conservatorio del Liceo. Miembro de la Real Academia de la Lengua Española desde 1967, fue también miembro de la Hispanic Society de Nueva York, presidete de la Asociación de Escritores y Artistas de España y director del Instituto del Libro Español. Entre los numerosos premios que obtuvo a lo largo de su carrera figuran el Nacional de Literatura (1935) el Internacional de Poesía, el Nacional de Cultura Hispánica (1980) y el Eugenio d'Ors (1981).



EFE

Cuando alcanza su vida verdadera

Aunque su dura y prolongada dolencia debiera haberle preparado, los altibajos frecuentes y su recia fibra, el talante cordial y la serena lucidez hasta las últimas daban esperanzada confianza. Semejante dechado de vitalidad, la insaciable curiosidad intelectual, el dinamismo inagotable coincidían en abonar que se tratara de una mera pausa, insólita cuanto se quiera, de un breve descanso en quien tan acostumbrados nos tenía a poner pie en Barajas, tras un dilatado ciclo de conferencias por media América, para desgranar acto seguido en Madrid su curso sobre Ortega, cumplir con sus tres academias y sus dos presidencias, salir volando a Estrasburgo para ser investido doctor "honoris causa", regresar a su Barcelona y presentar su enésimo libro, o el de algún amigo o discípulo, y otra vez la maleta y los papeles para intervenir –Helsinki, Budapest– en algún congreso o participar en comités –Unesco, Unión para la Paz–, o a Sofía y Tiflis y Moscú. Util y nunca estática lanzadera en su papel de vocero cultural e irreemplazable organizador, siempre en su orsiano laboral por la auspiciada síntesis de la cultura, paladín siempre del fecundo diálogo de las lenguas (de lo que tantas y aleccionadoras pruebas tenemos aquí mismo). Pues no; lo que pudiera parecer, cuando más, un primer aviso ha sido sentencia inapelable.

Insaciable curiosidad intelectual

Le estoy viendo, espigado y apuesto, en nuestro patio de Letras, cuando de las galanuras y tachines de Rubén (sobre éste escribió el primero de sus libros, a los 17 años) pasamos a la devoción del intimismo de Juan Ramón y al íntimo trato con los que luego llamarían poetas del 27; cuando –tardes en la Biblioteca de Catalunya, y magisterio de Rubió ayudando– rivalizábamos en conocer las novedades literarias, propias y extrañas, y hacernos con las revistas minoritarias de media Europa, en inundar de cartas a todo escritor de viso y a los que iban para jóvenes maestros. Sin abandono del griego y el latín, hebreo, árabe, bibliografía y todo lo demás de nuestra carrera, además de la de Derecho, fue nuestra entusiasta militancia en el vanguardismo, el surrealismo si queréis, aquí con los Foix, Miró, Dalí, Garcés, Montanyà, Gasch, el marchante Dalmau, con un ojo en "La Gaceta Literaria" y "El Sol (más "Revista de Occidente", por supuesto) y el otro en la "nrf", "Commerce", "900", "La Fiesta literaria", "Der Querschnitt" y otras tales de Holanda, Suiza y La URSS (Inglaterra no contaba todavía en este campo), todo con nuestro cojitranco francés de monsieur J. J. Bretrand y el menguado alemán de Herr Kartoffen. Y fue la "proeza" ingenua de la revista "hélix" (1929-30) y la aventura de "Ginesta", pilotada por Aramon y Josep Miracle, la entrada en el semanario "Mirador", por invitación de Víctor Hurtado, etcétera.

De todo aquel grupo entusiasta: Clavería y el citado Aranón, Batllori, Salas, Anna María de Saavedra, Lina Benaprés y Ció Casanova, Vicens Vives, Sobrequés, Batlle Prats, Grases, Serra Baldó, el malogrado Ramón Esquerra, Llorens, Borrás Prim y más que dejo; de todos nosotros, digo, Guillermo fue el primero en romper el fuego. Con el mencionado librito y, más, con su temprana dedicación al periodismo cultural, en su diaria sección de "La Noche". Con su vocación orsiana de "guaita" y obrero de la cultura, pedagogo por naturaleza, fue también el primero en ganar cátedra, con el número uno y estuvo en el primer claustro del modélico Institut Escola. Jovencísimo docente universitario, precisamente él introdujo en las aulas –primero en España– el estudio del cine como séptimo arte. Y tuve la alegría de acogerle en Roma –su primera salida al exterior– adonde venía como delegado español a la I Conferencia Internacional de Cine Educativo. Y por allá anduvo trabando amistades con pintores, docentes y poetas.

Fue nuestro joven profesor quien revolucionó el estudio de la historia literaria, no sólo en bachillerato, desechando el memorismo para cargar el acento en la lectura de los textos y las coordinadas de los movimientos. Una buena mitad de los institutos de toda España adoptó sus manuales y antologías como libros de texto. Y a lo largo de medio siglo son legión los profesionales que en ésos despertaron su vocación y hoy se proclaman discípulos suyos (hasta en Moscú topamos con quienes reivindicaban ese honor). Y quiero añadir un eslabón a su temprana entrega al diálogo operante entre las lenguas y culturas de España: fue su participación en aquel crucero universitario por el Mediterráneo, que tan fecundo había de resultar en el mutuo conocimiento de la clase intelectual del centro y la periferia. De allí se trajo la primera aportación de romances sefardíes, recogidos de labios de nuestros paisanos en las juderías de Rodas y Esmirna. De allí, dejadme que lo diga, el noviazgo con nuestra condiscípula Conchita Taboada, la que había de ser nutricia de una ilustrada dinastía Díaz-Plaja y la insubstituible colaboradora en las tareas intelectuales de Guillermo.

Otros hablarán del ensayista, del poeta, de sus colecciones de horizontes viajeros y de personajes de alto bordo, de su prurito de clarificación en todos los aspectos de la cultura y la enseñanza, en pro de nuestras lenguas, del teatro, de la crítica y las suertes del libro hispánico. Yo me limitaré a su nunca tasada generosidad para con las vocaciones en ciernes y los artistas noveles o injustamente preteridos, a su juvenil entrega a toda iniciativa encaminada a aunar voluntades, a la entereza de sus convicciones religiosas y cívicas. Personalmente, mi juventud andariega y algo disparatada tuvo en él puerto seguro, si en la segunda jornada, hasta ahora mismo, ese inconmovible pilar de la generosa amistad fraterna. El que será mi corroborante consuelo desde esta hora en que, como dijo el poeta, aparece "tel qu'un lui-même, en fin, l'éternité, le change". Descanse en ello, y en paz.

JUAN RAMON MASOLIVER

Erudito de la cultura catalana

Guillermo Díaz-Plaja y Contestí dentro de una generación ilustre y "quemada", como la ha bautizado Juan Ramón Masoliver (la de Batllori, Xavier de Salas, Vicens Vives, Aranón, Clavería, Grases, etc.), fue un escritor precoz. Aunque su primer libro sobre las cartas de Goya, publicado por Editorial Juventud cuando era un adolescente imberbe, fue en castellano, una buena parte de su producción en los años treinta fue escrita en catalán y sobre temas muy actuales. Así "L'avantguardisme a Catalunya" (1930), primera obra sobre un movimiento entonces todavía no histórico; un buen estudio sobre la cultura del cine, sin olvidar sus colaboraciones en la prensa y en el gran semanario "Mirador". Gracias a Díaz-Plaja el público catalán, en plena ebullición estatutaria y catalanista, pudo seguir la presencia de la generación de poetas castellanos del 27 y la figura de García-Lorca. Después, en un libro modélico que le dedicó y que tuvo que publicarse en Buenos Aires, Lorca fue analizador morosamente.

El conjunto de su bibliografía es oceánica y sólo los libros sobrepasan el centenar. Por fortuna disponemos de más de una biografía-entrevista que nos dan el perfil de personaje que en Cataluña fue uno de los puentes con Madrid, con la cultura castellana en general y también con América. Recuerdo que me había contado la triste anécdota, referida a un ilustre exilado español, que le preguntó si era verdad la feroz persecución del franquismo contra la cultura catalana. Díaz-Plaja se lo confirmó y el ilustre liberal dijo, aliviado: "Por lo menos Franco habrá hecho algo bueno".

Una veintena de obras en catalán

De esa apabullante biografía se ha destacado muy poco el hecho de que una veintena de obras sean publicadas en catalán. "De literatura catalana" (1956) recogió buena parte de obras breves anteriores y ensayos importantes, publicados en "Revista de Catalunya", etc.

Demasiada olvidada está su faceta de poeta en catalán, con finos sonetos, poemas de una vanguardia muy controlada y siempre con un lenguaje elaborado e hijo del Noucentisme. Recuerdo sus "Papers d'dentitat", bellos versos, contenidos.

La improvisación genial, el espíritu de "finesse" eran proverbiales en él. Como conferenciante era modélico y tenía aquel atractivo de las grandes figuras a quienes admiró tanto: D'Ors i Ortega. La sugestión del "Glosador" fue evidente en Díaz-Plaja que reivindicó en un libro rigurosamente documentado, "La defenestració de Xènius". Periodista brillante, ensayista de una raza casi extinguida, una de sus obras "Viatge a l'Atlàntica i retorn a Itaca", se la elogió varias veces, la más reciente en una cena de intelectuales en abril pasado, el presidente de la Generalitat de Catalunya y recuerdo con qué satisfacción me lo contaba don Guillermo al salir y cómo esperaba la creación de un Institut d'Estudis Ibèrics.

Como divulgador de la cultura, a través de sus clases, sus obras pedagógicas y sus artículos periodísticos, Díaz-Plaja ha sido ejemplar. Y como "coseur", como conversador era fascinante, siempre dentro de una cierta pompa y solemnidad de verbo, con dosis sutiles de un humor y una ironía muy catalanas. Uno de los últimos actos en los que le vi intervenir fue en las jornadas de cultura catalamo-andaluza. Nos dio una lección magistral de lo que significó la escuela Menéndez Pidal y sus sucesores en la idea de una España más unitaria que plural. Su figura es irrepetible. Los amigos añoraremos su compañía y aquella tranquilidad moral que sentíamos cuando don Guillermo intervenía en un coloquio o en una mesa redonda. Conciliador muy hábil, erudito y de palabra convincente, limaba asperezas y ejercía una eficaz pedagogía al explicar a los forasteros la realidad cultural, lingüística e histórica de Cataluña.

ALBERT MANENT

Primer recuerdo del profesor

A Guillermo le hacía mucha gracia, y lo contaba con justificadísima ilusión, encontrarse con escritores de renombre, con personas importantes maduras y con señoras que ya eran abuelas que, al conocerlo, lo primero que le decían es que de jóvenes habían aprendido a querer y a apreciar las obras literarias gracias a su manual escolar "Síntesis de literatura española", que desde 1939 ha alcanzado más de cincuenta ediciones. En 1935 había ganado por oposición la cátedra de Lengua y Literatura del viejo y famoso Instituto Balmes de Barcelona, y se dio cuenta de que los estudiantes de bachillerato necesitaban una buena guía para esta fundamental asignatura, y de ello nació su "Síntesis", donde explica con la mayor claridad qué es la obra literaria, qué características tiene un movimiento estético, qué significa un autor y qué vale un libro en breves y diáfanas líneas que recogen y sintetizan lo que la crítica y la investigación más solventes habían aportado. Su cordial vinculación profesoral se advirtió muy a las claras en 1961 cuando, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona historió la cátedra de Retórica que habían regentado hombres tan ilustres como Milá y Fontanals, Pablo Piferrer, Coll y Vehí, Clemente Cortejón, Javier Garriga y finalmente el joven profesor Guillermo Díaz-Plaja. Obtuvo la cátedra a los veintiséis años, pero ya era un crítico literario famoso: aquel mismo 1935 ganaba el Premio Nacional de Literatura con su memorable estudio sobre el Romanticismo, que le fue otorgado por un jurado en el que se contaban Pío Baroja y Antonio Machado.

Enorme vitalidad

La promesa que supuso Guillermo Díaz-Plaja al entrar en la escena literaria se cumplió con creces. Centenares de libros, monografías, ensayos, constantes colaboraciones en revistas especializadas e incluso y asiduamente en la prensa diaria dan muestra de su enorme vitalidad, su incansable trabajo y su universal curiosidad, que lo llevaron desde estudiar el vanguardismo en Cataluña y trazar una universitaria estética del cine, hasta el análisis profundo y detenido de grandes obras y de importantes autores. Obras como "La poesía lírica española", "El espíritu del Barroco", "Modernismo frente a Noventa y ocho", "Defensa de la crítica", "El reverso de la belleza", etc., sin olvidar sus libros de viajes y sus libros de versos, tanto en castellano como en catalán, perfilan su robusta y ágil personalidad.

Escribo deprisa y con la desorientación que produce la muerte de un queridísimo amigo de juventud, con quien tanto he hablado de literatura y de mil cosas. También estaba yo emocionado el 5 de noviembre de 1967, cuando, por encargo especial de Dámaso Alonso, leí mi contestación a su discurso de ingreso en la Real Academia Española. En las sesiones de ésta y en las de la de Buenas Letras de Barcelona nos sentábamos frente a frente, siempre tan próximos como en aquellas inolvidables veladas en su casa, en la mía o en la de algún buen amigo. Sé que la muerte de Guillermo fue cristianamente ejemplar, otro motivo para envidiarlo.

MARTIN DE RIQUER

Tanto don Guillermo...

En el punto de la despedida, cuando el dolor de los suyos agrava el nuestro, el recuerdo de don Guillermo se quiebra en cien imágenes y se recompone en un solo sentimiento de tristeza por la pasión literaria que en Díaz-Plaja se apaga. No sabría decir qué instantánea suya se asoma con mayor persistencia. Por un lado, la evocación que nos sugieren amigos, lecturas, fotografías de inseguro enfoque. El joven vanguardista de la "peña de los surrealistas", en la terraza del Hotel Colón, a la sombra del gran Foix, con las "agresiones gratuitas" que Salvador Dalí contrabandeaba desde París. O, en el patio de Letras, el universitario entre la coquetería de erudición añeja y la coquetería de actualidad, junto a Carlos Clavería, Juan Ramón Masoliver, Xavier de Salas, Pedro Grases, Miguel Batllori. O todavía, en 1930, cuando aún tardaría en aparecer la mítica "Nuestro cinema" ("la mejor revista cinematográfica de la Europa capitalista" en el piropo delicioso de Georges Sadoul), el explorador de "Una estética del film".

Por otra parte, la evidencia de sus libros mejores. Quizá en primer término, "El espíritu del barroco" (1940 y, en edición ampliada, 1983), que combinaba el estudio de los rasgos formales con una aproximación a la "historia de las mentalidades" –aún en el candelero– y con la atención a ingredientes luego tan discutidos como la hipotética incidencia de un factor judío o "converso" en tanto fermento de la cultura barroca. Pero también la "Introducción al estudio del romanticismo español", que un jurado presidido por don Antonio Machado distinguía en 1935 con el Premio Nacional de Literatura. A la par que las incontables instituciones y advertencias certeras de los trabajos de conjunto sobre Federico García Lorca y Juan Ramón Jiménez, en 1948 y en 1958, antes de que la bibliografía se desbordara. Y sin olvidar los nítidos deslindes de "Las estéticas de Valle-Inclán" –nacido en un invierno del Estado de Nueva York, con Dorín al lado–, el "Modernismo y 98" saqueado por tirios y troyanos, la revelación orientación de "Estructura y sentido del Novecentismo español"...

Tantos libros, tanto y tamaño, don Guillermo... A uno de sus quehaceres, sin embargo, debe volver hoy con particular tenacidad la memoria de algunos españoles. En la destrozada escuela de la posguerra (Fernando Valls lo ha historiado con rigor), los manuales de Díaz-Plaja –con los de José Manuel Blecua y apenas más– fueron un privilegio para no pocos. Lengua y literatura se presentaban en ellos a la altura de los más solventes conocimientos de la época, con una adecuada estrategia pedagógica, servida por textos –clásicos y bien recientes– que pretendían ofrecer "la ilustración viva y orgánica de un suceder literario" contemplado con sensibilidad perfectamente al día. "A mí lo que me interesaba –subrayó en una ocasión don Guillermo– era crear vocaciones de lector". Consta que despertó muchas; y a menudo las mantuvo con su labor de publicista. Tal vez sea la más noble posteridad para la pasión literaria de Díaz-Plaja.

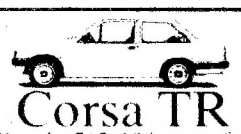
FRANCISCO RICO

NUEVO CONCESIONARIO
OPEL
FANAUTO
Disponible en Sistema Leasing
Financiación hasta 36 meses.
Abrimos sábados todo el día.
OPEL GM
Junto Corte Inglés
Exposición y ventas: Gran Vía Carlos III, 70-72
Teléfono: 339 64 50 08028 Barcelona
Talleres: Europa, 18 Teléfono: 321 92 00 08028 Barcelona

Monza
Desde 2.589.300 ptas. f.f.

Manta
Desde 1.355.100 ptas. f.f.

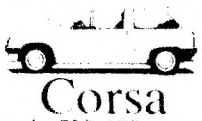
Ascona
Desde 1.172.800 ptas. f.f.


Corsa TR
Desde 562.100 ptas. f.f.

Senator
Desde 2.488.100 ptas. f.f.

Rekord
Desde 1.344.200 ptas. f.f.

Kadett
Desde 1.008.500 ptas. f.f.


Corsa
Desde 522.600 ptas. f.f.